

CARTA PASTORAL

DEL EMMO. SR. CARDENAL

ARZOBISPO DE TOLEDO,

PRIMADO DE LAS ESPAÑAS,

Sobre las malas doctrinas y libros perniciosos.

PEDRO, POR LA DIVINA MISERICORDIA, PRESBITERO CARDENAL DE LA SANTA IGLESIA ROMANA, ARZOBISPO DE TOLEDO, PRIMADO DE LAS ESPAÑAS, etc. — *Al venerable Clero secular y regular, y demás fieles de esta nuestra diócesis, salud y gracia en nuestro Señor Jesucristo.*

Entre tantos motivos de afliccion, que angustian de continuo el ministerio pastoral, ninguno mas grave y doloroso que la propagacion de escritos perniciosos que circulan; porque ellos infectan el espíritu, pervierten las costumbres, promueven el desorden, y atacan por todos lados el edificio de la Religion. No hay necesidad de persuadir una verdad que todos conocen, de que nadie duda, y que está al alcance de todos. Sin embargo, el mal es positivo, y es notorio; se aumenta cada dia, y se palpan los efectos de un modo espantoso. En vano es oponer á este mal medidas ni prohibiciones; en vano perseguir la relajacion que causa, ni en los púlpitos, ni por exhortaciones, ni por otros oficios del ministerio eclesiástico. La infernal astucia del *Filosofismo* sabe inutilizar todos los consejos, y se burla de los esfuerzos del celo mas puro, no perdonando medio ni industria para difundir el veneno de sus doctrinas. Nada ha respetado, y nada le ha detenido en su atroz empresa. Las verdades mas altas, las luces de la fé, los documentos de la

eterna Sabiduría, dados á los hombres para humillarse ante ella y arreglar su conducta, vienen á someterse al tribunal de la pobre criatura; y el entendimiento con que Dios la dotó para apreciar sus beneficios, le convierte en instrumento de orgullo y presuncion para ponerlo todo en descrédito y en desprecio. Quisiera esa filosofía borrar de los hombres la idea de una Ley eterna; del enlace y dependencia de las leyes humanas de este primer principio; hacer que desapareciese el dogma de una vida futura; que no hubiese mas intereses que los materiales del momento, y que la Religion no entrase para nada en los gobiernos políticos, para de este modo hacer á los hombres independientes y soberanos de sí mismos, desencadenar sus pasiones, y abandonarlos á una libertad desenfrenada. Tal es el catecismo filosófico, esto lo que se enseña y se escribe no en uno ú otro libro, sino en una multitud innumerable que se ha derramado por todos los países, multiplicando ediciones en todas formas y tamaños para facilitar su introduccion y circulacion por unas y otras manos.

Las fatales revoluciones y el horrendo trastorno de ideas que abortó el espíritu filosófico de estos tiempos, no tenían solo por objeto la decantada reforma de las instituciones políticas, y la mejora de los conocimientos humanos. Estos eran, en verdad, los pretextos especiosos con que ocultaba sus designios; pero mucho mas allá se dirigian sus miras y proyectos. El tiempo, que todo lo descubre, hizo ver por último, que el prurito novador y el furor revolucionario no aspiraban solamente á formar nuevas constituciones políticas, nuevas artes y nuevas ciencias, sino tambien nueva moral, nueva Religion, y hasta nuevos hombres; pues al fin despues de tanto filosofar han llegado á degradarnos de nuestra especie, y confundirnos con los brutos. Testigos son, repito, esa multitud de libros, folletos y papeles llenos de doctrinas impías y detestables, que por una especie de frenesí, que apenas pudiera creerse, y mucho menos esperarse en la católica España, fueron acogidos en ella, traducidos muchos á nuestra lengua, y esparcidos con profusion hasta en las mas remotas aldeas.

A la verdad nada debía ser capaz de alterar la creen-

cia de los fieles instruidos cristianamente, y educados con esmero en las máximas de la Religion: mucho menos si se compara la pureza y santidad de las doctrinas que está enseña, y las virtudes y conducta que hace observar, con la depravacion, libertinaje y rebeldía, á que inducen tales producciones. Pero ¡ay! que esto es lo que agrava mas el desconsuelo, por la propension que tiene el hombre á la libertad, y al sacudimiento de las leyes que le sujetan al orden debido y reprimen la licencia de obrar y de pensar á su placer; especialmente á la juventud inexperta, fácil y ligera, tan dispuesta por naturaleza á abrazar las ideas de novedad y que halagan á los sentidos, como á desdeñar las serias y severas de la moral cristiana, ¿quién la libertará del peligro próximo en que la ponen los libros compuestos de intento para corromperla?

Pero hay tambien que deplorar este peligro por toda clase de personas, y en grandísimo número. Porque ¿cuántos son los que se hallan tan firmemente adictos á los sanos principios, y tan penetrados de las verdades eternas, tan olvidadas por lo comun, que apenas pueden servir de apoyo contra la mas ligera tentacion, ó contra cualquiera artificio de la seduccion? No ya solo los jóvenes, sino los adultos, los de edad madura suelen estar tan poco fundamentados, y tan dispuestos y prevenidos de ánimo, que cualquiera cosa los arrastra, y se dejan llevar, como dice el Apóstol, de todo viento de doctrina; porque no se ha cuidado, ni se cuida de lo principal en la educacion de la juventud, que es imprimir en sus almas aquellas grandes y terribles verdades, y arraigar en ellas el temor santo de Dios con aquel sentimiento íntimo, que su inmensa fuerza no puede dejar de producir; y antes bien parece que se teme darles mas que unas nociones volátiles y superficiales, con que se contentan ordinariamente los padres y maestros, como cosa de menos importancia, ó de cumplimiento, ya que no puede desconocerse, y todo el mundo está de acuerdo en esta primera obligacion de los hombres.

Estando, pues, falto de este auxilio y desarmado el espíritu, no debe causar admiracion que caigan fácilmente, no solo en los lazos del error, sino que abracen con an-

sia el partido que les presenta la libertad y allanamiento de los deseos y apetitos desordenados, faltándoles toda la vida el cimiento sobre que esta debia enderezarse, ó quedando al impulso ciego de los mismos deseos en el mar agitado de este mundo; como la nave sin lastre que no hace asiento sobre las aguas, y cualquiera impetu de ellas la entorna y la vuelca.

Si los malos consejos, los malos ejemplos y las malas compañías pervierten á los hombres, como no hay uno que no lo conozca, los malos libros, que reunen todos estos daños, ¿qué estrago no deben causar en los ánimos y en las costumbres? Ellos hacen una compañía continua y muy apasionada entre los autores y sus leyentes; enseñan, aconsejan, y dan ejemplos con el mayor estudio y artificio para comunicar el veneno; y así es como forman y dirigen la opinion y modos de pensar, que despues se propagan de unos en otros, y dominan la multitud.

Vean pues y reflexionen los padres de familia, los maestros, los superiores, todos los que tienen á su cargo la direccion ó enseñanza, cuánta obligacion tienen de vigilar sobre un mal de tanta consécuencia, y desterrarlo de sus casas.

Pero los padres y las gentes de mundo se deslumbran con la hermosa ilusion de la ilustracion y erudicion, en que quisieran ver brillar á sus hijos y alumnos, y que se hiciesen lugar en todos los círculos y concurrencias. No quiera Dios que jamás intentemos coartar las luces, ni hacer la menor oposicion á la instruccion verdadera, sólida y provechosa, en toda su extension: lejos de mí, ni de nadie, tenerla por ajena de la virtud y de la Religion, nunca combatida sino por la ignorancia y el error. Mas no confundamos lo uno con lo otro, y no se tome por luces lo que no es mas que corrupcion del saber; no se llame luz á las tinieblas, y á las tinieblas luz. Tiempo era ya de desengañarse de esa ilustracion y adelantamientos científicos, que desde tantos años fueron el pretexto para franquear las comunicaciones de esa filosofía desastrosa, que engañó pérfidamente á los pueblos. Era ya tiempo de desengañarnos, despues que se vió lo que eran esas pretendidas luces y conocimientos de

nuestra edad. ¿Qué es lo que estos con tanto aparato vinieron á enseñar al mundo? ¿Qué progresos hemos tenido y qué nuevos beneficios han traído al público? ¿La Religion y la moral están mas florecientes? ¿La sociedad se ha mejorado? ¿La política y el arte de dirigirla ha perfeccionado sus leyes? ¿La justicia ha recibido en sí, ni en sus formas, ni en su administracion, mejores nociones que antes? ¿Las ciencias se adquieren y se saben mejor? Los libros de que hablamos, que con tanto empeño se difunden y aplauden, ¿han añadido nuevas y mejores luces sobre ninguno de estos objetos? Juzgad vosotros por la propia experiencia. Las costumbres cada vez mas perdidas; jamás menos respeto, mas desconocida y vilipendiada la Religion. El estado en continuas revoluciones y vaivenes: las cabezas alucinadas con máximas y sistemas que llegaron á trastornar la Monarquía: esta misma rota y desmembrada de sus mas ricas y extensas posesiones por sublevaciones declaradas: asociaciones secretas, ciertas y sabidas, conspirando por instituto contra los Tronos: las ciencias directivas y fundamentales de la sociedad humana viciadas y corrompidas por la peste del *Filosofismo* y *Jansenismo* reunidos: en fin, constituciones locas, sociedades sin union, hombres sin patriotismo, indolencia, indiferencia, egoismo y mas egoismo: tales son los frutos de esas luces y sabiduría, de que los ilustrados eruditos hicieron tanta pompa y alarde, desde que empezó á rayar en nuestro suelo, que hace no pocos años: esto nos trajeron esos libros y escritos de los nuevos filósofos y de sus secuaces, que apacentándose en ellos miraban con un soberano desden á cuantos no seguian el mismo camino, y formaron, en nombre de una ilustracion mentirosa y petulante, una generacion de discolos, disolutos, rebeldes, incrédulos y materialistas.

En las ciencias físicas y naturales, en las artes mecánicas é industriales, en las que pertenecen al fomento y riqueza de una nacion (aunque en todo sabe meter su ponzoña el sagaz *Liberalismo*) caben sin duda nuevos descubrimientos, y es muy loable la emulacion y el conato en los adelantamientos posibles; y aquí es donde se ofrece un campo abierto y muy extenso á las investiga-

ciones del ingenio. Pero en las morales é intelectuales, en las políticas y gubernativas en que se ha filosofado tan libremente en los últimos tiempos, es preciso confesar que se ha delirado completamente: que se ha corrompido al mundo entero; y que jamás se han difundido tantos errores y tantos principios de disolucion y desórden.

Se ha visto al pié de la letra aquella sentencia del Apóstol, tan sabida como poco ponderada: « Non plus » sapere, quam oportet sapere; sed sapere ad sobrieta- » tem. » Todo tiene sus límites y sus maneras: *Est modus in rebus*. La codicia de saber, y el aliciente de adquirir una ciencia universal, fué el lazo con que el enemigo del género humano enredó y cogió á nuestros primeros padres para su perdicion, y de toda su posteridad. La sabiduria que no se somete á los preceptos de Dios, la que no reconoce á Dios por principio de toda ciencia y fuente de toda justicia y de toda ley, en el órden natural, político y civil, para ajustar á este primer principio, es decir, á las leyes de la doctrina revelada, todos los deberes, derechos y relaciones sociales, no es sino una grosera ignorancia, que produce necesariamente tantos absurdos y extravíos políticos y religiosos, como ha abortado y abortará el orgullo y los caprichos de una razon suelta y abandonada, que camina sin guía ni freno. Así es que esta filosofa, declarándose independiente de aquel principio, combate y destruye toda autoridad, y no conoce deberes, derechos, dogmas ni reglas que no se sometan á su arbitrio absoluto, y á la soberanía de su obscura razon, ó por mejor decir, al ímpetu ciego de las pasiones, y al desórden de la anarquía en que todo se precipita. Y esto era tan natural, que los mismos filósofos lo conocian, y lo anunciaron, y muchos lo vieron cumplido. « Llegará tiempo, decía uno de los corifeos, » en que el sol no alumbrará sobre la tierra sino á hom- » bres libres, que no reconocerán otro superior que á su » razon; en que los tiranos y sus esclavos los sacerdotes, » y sus estúpidos é hipócritas instrumentos, no existirán » mas que en los libros, ó en los teatros. » Veis aquí su idioma favorito, y el compendio de su monstruoso y bárbaro sistema. Y ¿quién no ha visto pregonadas y mil veces repetidas estas propias máximas, y lo que es mas,

puestas en acción por todos sus discípulos en cuantas ocasiones pudieron desahogar su corazón?

Estos son, vuelvo á decir, los frutos y efectos de semejantes libros, y estas son las luces y los progresos literarios, de cuya seduccion se alucina y se jacta nuestro siglo. Estos son los que quisiéramos arrancar de vuestras manos, y condenaros á una perpetua ignorancia de tan funestos conocimientos.

No faltará quién diga tambien, sin perdonar la increpacion vulgar de *preocupaciones* y de *fanatismo*, que esto es favorecer la ignorancia, y oponer trabas á la literatura, que es el principal ornamento de una nacion, y el distintivo mas honorífico de las naciones cultas. Pero estas imputaciones están ya tan usadas, que han perdido toda su fuerza, y no pueden hacer ilusion á nadie. Con lo dicho nos parece estar respondidas suficientemente, y seria mengua hacer mas caso de ellas. No se reprueban las letras, sino los vicios y los crímenes de una supuesta ilustracion. Precisamente nos quejamos de que esta ha obstruido las fuentes del saber; que en lugar de hombres cultos, no ha hecho ni puede hacer sino almas brutales; y de que los mismos que por sus talentos y dotes naturales podrian en todos sentidos y podrán en todo tiempo honrar á su patria, la desacreditan y oscurecen con esa falsa y decantada ilustracion, origen de tantas desgracias, que no pueden resarcirse sino condenándola á perpetuo silencio. La ignorancia seria mil veces mas útil que una tal sabiduria; sabiduria que ha desterrado los estudios útiles, causando por todos caminos males incalculables á la sociedad.

No, no es por falta de instruccion, ni de ilustracion, ni por atraso de luces si estamos pobres, atrasados y débiles: es por falta de costumbres y de Religion; es por falta de patriotismo, de probidad y justificacion, de zelo y amor al prójimo y al público; y por sobra de amor propio, de pasiones viles, de indiferencia é indolencia para los deberes mas sagrados. Dense hombres de estas cualidades en las carreras, en los mandos y en los empleos, y la Nacion se hará respetable y elevará al grado de fuerza y grandeza que la corresponde por su naturaleza. Pero sin esto toda la sabiduria humana y to-

dos los adelantamientos científicos y literarios no añadirán un ápice á su fortuna, y quizá no servirán sino para corromperla mas.

¡Ojalá fueran verdaderamente ilustrados todos aquellos que blasonan de filósofos! La verdadera ilustración es incompatible con unos errores tan absurdos, con unos sistemas tan impíos y subversivos de la Religión y de toda sociedad, como los que publican sus obras. Nuestra Religión sagrada no es enemiga de las luces: la verdad revelada no está en contradicción con la verdad natural. Lo que detesta la Religión católica, de acuerdo con la recta razón, es ese orgullo filosófico, que quiere medir sus fuerzas con las del Altísimo; esa ignorancia presuntuosa que desecha como absurdo lo que no puede comprender; esa crítica osada y maligna que nada respeta, sagrado ni profano, que por todo atropella, y que todo lo censura con una mordacidad cínica, siempre que no sea conforme á los errores groseros de que se halla preocupada, y á las pasiones infames que la fomentan; ese saber vano y engañoso, que, prevalido de algunos descubrimientos físicos, debidos á un conjunto de circunstancias y de invenciones, por la mayor parte casuales, y aun anteriores al siglo ilustrado, se forja nuevos principios en las demás ciencias, como si todos fueran de una misma especie, despreciando aquellos que la antigüedad más respetable, la serie de los siglos, y los hombres mas eminentes reconocieron por inconcusos; esa erudición, en fin, falaz é impostora, que desfigura los hechos, ridiculiza los actos mas laudables, se mofa de las prácticas mas santas, falsifica los testimonios truncando y mutilando los pasajes que cita, finge ó desfigura los sucesos para exponerlos al ludibrio, y cubre de tinieblas las verdades mas constantes y acreditadas.

¿Qué ilustración podemos prometernos de semejantes escritores? Y aun cuando pudieran instruirnos sobre algunos puntos, ¿no sería la mayor temeridad exponerse á un peligro evidente de perder la piedad y la inocencia, la fe y las costumbres; por lograr una instrucción, que puede adquirirse igualmente por otros conductos sin este peligro? ¿No tenemos autores bastantes, verdaderamente doctos é ilustrados, que saben hermanar la filoso-

fa con la Religión, y la ciencia con la piedad? ¿No hay obras en abundancia instructivas y eruditas, con cuya lectura podemos instruirnos en toda clase de conocimientos sin extraviarnos ni pervertirnos? No, no es la ilustración la que se busca en este género de libros. Lo que se busca en ellos, y se halla por desgracia con sobrada facilidad, es el cebo de una curiosidad criminal, es la incitación de las pasiones, el apoyo del libertinaje, la defensa de la incredulidad y de la licencia de las ciencias.

¿Qué ilustración puede sacarse de la *Biblioteca de Venus*, producción espantosa en nuestro idioma, — de la *Filosofía de Venus*, — de la *Religiosa de Diderot*¹, — del *Libertino de cualidad*, y de otra multitud de obras semejantes, horriblemente obscenas, adornadas con estampas

¹ Diderot, sucesivamente deísta y ateo, el mas fanático y mas furioso de los impíos del último siglo, ha mezclado en sus declamaciones contra Dios, contra los Sacerdotes y los Reyes, tanto arrebato, tanto delirio, que se hubiera podido no ver en él sino un loco sin consecuencia, si la experiencia no hubiera manifestado las terribles que pueden llevar consigo semejantes locuras y arrebatos. El fanatismo feroz de los *Septembristas* y los satélites de Robespierre no permiten oír con risa los espantosos deseos de los extravagantes versos de Diderot: « de tejer con sus manos las tripas de los Sacerdotes, si faltaba cordel para ahorcar á los Reyes (*Dithyrambe sur la liberté*). » Y la Convención francesa probó á los Reyes á qué se exponen dejando correr máximas semejantes á esta: « que por mas autorizados que sean los jefes y cabezas de las naciones, no son mas que los *comisionados de los pueblos*. Que por loco ó necio que sea el pueblo, él es *siempre el soberano*. Su voz es la que *eleva ciertas cabezas*, y las *abate*, ó las *corta* (*Reflexions de Diderot sur un ouvrage intitulé: Représentation des citoyens de Genève*)!!! » Los que leyeron los diarios y periódicos de nuestros revolucionarios vean si eran otras sus máximas; y el 10 de febrero del 23 en Madrid, y Sevilla despues, lo clamarán para su eterno oprobio. Entre sus demás obras se hallan dos Novelas, la *Religiosa*, y el *Fatalista*, en las que se ve mezclada la impiedad mas desenfadada con un cinismo tan asqueroso, que el ateo Nageon, con ser amigo, discípulo, y admirador de Diderot, no pudo menos de confesar que eran verdaderamente *infames*. Hé aqui sin embargo las preciosidades literarias con que nos regalaban nuestros ilustradores.

las mas deshonestas y provocativas, las cuales sabemos, con el mas vivo dolor de nuestro corazon, que han circulado y circulan por esta diócesis, y especialmente en esta Córte? ¡Qué locura! poner estímulos á una pasion, que por ser de suyo demasiado impetuosa, necesita ser enfrenada; y como si esto no bastase, excitar aun de mil maneras á las acciones mas soeces, nefandas y brutales! ¡Qué ignominia del siglo que se llama de las luces, y qué oprobio de la razon!

¿Qué instruccion para los niños y padres de familia la de un *Emilio (de Rousseau)* traducido tambien á nuestra lengua en estos desgraciados tiempos, y aun recomendado por ciertos prosélitos como modelo de buena educacion? Como si la buena educacion consistiera en aprender á negar la Revelacion; en dejar á los niños hacer cuanto se les antoje; en conducirlos hasta los quince años sin hablarles palabra de Dios ni de Religion; y aun mirando con indiferencia el que hasta entonces sepan leer y escribir, y en otras máximas tan absurdas como impías, de que abunda esta obra seductora. Así deliraba este corifeo del *Filosofismo*, el cual tuvo á lo menos la franqueza de proponernos sus delirios como sueños de un filósofo. Mas criminal todavía el autor del *Diccionario filosófico*, y mas ridículo, por el magisterio con que habla de materias religiosas que no entiende ni estudió, decidiendo en tono de oráculo los puntos mas graves y de mayor trascendencia, sin mas pruebas que bufonadas impías, chocarrerías indecentes, sofismas miserables, é imposturas calumniosas, cuando deja el papel de bufon para hacer el de filósofo. ¿Qué instruccion puede sacarse de esta biblioteca de iniquidad, de esta fuente de toda corrupcion? Compilacion de impiedades y blasfemias, tejido de imposturas y calumnias atroces, fárrago de ideas inconexas y absurdas, mezclado con algunas verdades científicas que se hallan en cualquier libro facultativo; un ejemplo, en fin, de lo que puede el orgullo filosófico acompañado de la mala fe, y de una consumada perversidad; tal es el *Diccionario filosófico de Voltaire*.

Esta sola mala fe ó una vergonzosa ignorancia, pudo hacer decir á este falsificador de los Libros sagrados y

eclesiásticos, que la doctrina del *Politeismo* estaba contenida en el primer versículo del *Génesis*; y el comercio carnal de los dioses con la especie humana expreso en el capítulo V; que los antiguos Judíos fueron *Antropomorfitas*; los *SS. Padres* de los tres primeros siglos de la Iglesia *materialistas*; *san Agustin* y *san Jerónimo* los inventores del *pecado original*; que la libertad del hombre y la del perro son de una misma especie; al mismo tiempo que clamaba contra los Reyes y Sacerdotes como opresores de los pueblos con su despotismo y supersticion, aconsejando á estos que si querian ser libres, quemasen antes todas las leyes vigentes... ¿Quién es capaz de enumerar los errores monstruosos y groseros que contiene esta compilacion abominable? Compilacion infame por todos títulos, y doblemente criminal respecto de la Nacion Española, á la cual hace á cada paso las mas negras y calumniosas imputaciones. Como entre otras, la de que fueron sacrificados en América doce millones de habitantes, porque no estaban bautizados. Así juega el impostor maligno con todas las historias sagradas y profanas, haciéndolas servir de instrumento para lanzar sus tiros y desahogar el odio que devoraba su corazon contra toda Religion y práctica piadosa, y contra el Cristianismo sobre todo.

Y ¿qué diremos de los demás filósofos incrédulos, *espiritus fuertes* y libertinos, que se formaron y salieron de esta infernal escuela, é inundaron al mundo entero con sus escritos? Los dos corifeos de que acabamos de hablar no se atrevieron á negar exprésamente la existencia de Dios: si bien el Dios de Voltaire, muy distinto del que conocemos por la revelacion, no es mas que un Dios filosófico y fantástico. Mas intrépidos otros partidarios de la falsa y cruel Filosofía, y mal avenidos con un Dios que pudiese castigar sus delitos, llegaron al extremo de intentar borrar la idea de su existencia, tan profundamente grabada en el fondo del corazon humano. Hé aquí el término de la incredulidad, del espíritu y del libertinaje de las pasiones, que de mil maneras habia excitado y promovido la falsa filosofía. Todos sus sistemas de *materialismo*, de *fatalismo*, *naturalismo*, etc., etc., son insuficientes é incompletos hasta que llegan á reu-

nirse con el horrendo monstruo del *Ateísmo*. Este es el resultado de sus especulaciones y de sus inicuas y reiteradas tentativas. Y hé aquí la ilustración que vinieron á proporcionarnos el *Sistema de la naturaleza*¹, — el *Universo*, — el *Diccionario de los ateos*, — la *Sensatez*, — las *Ruinas*², — el *Citador*, y otra multitud de obras abominables é impías.

¿Y cuán indecible debe ser nuestro sentimiento, al ver que, á pesar de las repetidas prohibiciones que se han hecho de este veneno mortífero, y á pesar de las providencias que se han tomado para arrancarle de las manos de los fieles, circula todavía, ó se conserva por lo menos, en poder de algunos con tan evidente peligro de las almas? Vosotros, los que por la divina misericordia os habeis preservado hasta el presente, huid de los lazos que os arman esta clase de escritos que la ley natural condena y prohíbe, aun cuando nunca hubieran sido prohibidos por las leyes humanas. Huid de esta sabiduría, de estas luces y conocimientos que predicán, y con que engañan estos impostores, corruptores del género humano, apóstoles de revoluciones. No, no es esta

¹ Cuando el *Sistema de la naturaleza*, primer libro donde el Ateísmo osó mostrarse descubiertamente, se publicó por primera vez, la mayor parte de los incrédulos temieron era un paso adelantado que podía comprometerlos; y Voltaire y Federico creyeron deber refutarlo. Pero el barón de Holbach se paró poco en esto, y contó más con la corrupción que se iba extendiendo; y en su casa, que era como el punto de reunión de los más fogosos impíos, se trabajaron de común por Helvecio, Diderot, Naigeon y Raynal, esta monstruosa obra, y las del *Sistema Social*, la *Moral Universal*, el *Ensayo sobre las preocupaciones* (bajo el nombre de *Dumarsais*), etc., todas producciones dignas de un club de ateos.

² Once ediciones ha hecho la filosofía revolucionaria de este libro impío desde el año de 1817, y dos de ellas en español. Pocos libros han contribuido más á pervertir la juventud. En verdad es necesario estar dominado de un deseo vivísimo de ser impío, para persuadirse que *Jesucristo* no es más que el *Sol*, y los *Apóstoles* los *Signos del Zodiaco*, etc., la *existencia de Dios un delirio de la razón*, etc., etc. Sin embargo ochenta mil pesetas se han empleado en propagar el libro de las *Ruinas* (*Mémorial Catholique*, mayo de 1825). Del *Citador* desgraciadamente se sabe lo que es. Véanse las *Impugnaciones* del R. P. Lasso, y del señor Marin.

sabiduría aquella que desciende de lo alto; es sí una sabiduría terrena, animal y diabólica, contra la cual nos previno ya el apóstol Santiago: *Non est ista sapientia desursum descendens, sed terrena, animalis, diabolica*¹. Sabiduría terrena, porque no piensa ni se ocupa sino de los bienes temporales, de las comodidades y placeres de esta vida incierta, breve y transitoria, sin contar para nada con la venidera, que es la vida perdurable, y la que fija para siempre la dicha ó desdicha del hombre. Sabiduría terrena, que produjo esos errores groseros del *Materialismo y Ateísmo*, que embrutece al hombre, y son tan incompatibles con el bien estar, y aun con la subsistencia de las Sociedades civiles, como destructivos de toda Religión. Sabiduría terrena, de donde nacieron tantos sistemas, tantos planes y proyectos á costa de la piedad, y en que la eterna felicidad de las almas se hace olvidar, y aun se sacrifica á pretextos quiméricos de promover la prosperidad nacional y la gloria mundana; como si la verdadera Religión sirviese de obstáculo y no fuese la más á propósito para el bien temporal del Estado. Sabiduría animal, carnal, vil y mezquina que sujeta todas las cosas al imperio de los sentidos corporales, constituyéndolos jueces del bien y del mal, y de la moralidad de las acciones humanas; que solo tiene por bueno lo que es conforme á los placeres sensuales, y desprecia todo lo demás. Sabiduría animal, que abortó esos sistemas horribles, en que se pone por principio de la moralidad la sensibilidad física, la utilidad ó el interés, y esos tratados *ideológicos* en que todas las facultades del alma se confunden con la misma sensibilidad, y todas las ideas se reducen á sensaciones; de donde se avanzó por último á no admitir más alma que la materia organizada, ni más espíritu que el movimiento, ni más cosas que las corpóreas, ni más hombres que se distinguen de los brutos, ni más Dios que la Naturaleza, ni más que una cadena de seres materiales eslabonados todos unos con los otros. Sabiduría, en fin, diabólica, esto es, impostora, vana, y orgullosa, que funda sus triunfos en las armas del sofisma, de la calumnia y de la mala

¹ Ep. can., cap. 3, v. 15.

fe, manejadas con artificio; haciendo servir á sus depravados fines todos los primores del arte de la elocuencia y de la prensa; que abusando de las nociones mas comunes, confunde la Religion con la supersticion, la piedad con el fanatismo, las prácticas del culto externo con la hipocresía, el patriotismo con la rebelion; y fingiéndose monstruos que no existen, aparenta sus combates, divulga sus victorias, y persigue con encarnizamiento á cuantos rehusan someterse á la fuerza orgullosa de sus armas. *Sabiduria diabolica*, por los medios ilícitos de que usa en sus empresas, por los fines inicuos que se propone, y por los funestos efectos que produce. Tal es la sabiduria del *Filosofismo* del siglo, y tales deben ser sus resultados, cuales se han experimentado ya desgraciadamente, y habrán de experimentarse donde quiera que no se oponga un dique inexpugnable al torrente de las novedades y doctrinas desorganizadoras, contenidas en ese diluvio de Libros impíos.

Pero no fueron solo los *filósofos* los corruptores de la sana doctrina, y los que causaron esta espantosa revolucion moral y política de los Estados. Otra secta mas antigua todavia, pero no menos perniciosa, ha extendido su funesta influencia hasta en nuestra España; secta tanto mas temible y peligrosa, cuanto mas astuta y solapadamente sabe introducir su ponzoña, cubriendo con el velo de una refinada hipocresía los pasos que conducen por diferentes medios á la incredulidad, al libertinaje y á la indiferencia religiosa.

El *Jansenismo*, despues de haber causado en Francia las mas tristes y porfiadas turbulencias, empleó toda la fecundidad de sus artificios para penetrar en la Peninsula, sin perdonar los medios extraordinarios¹ de agentes, y emisarios; enviados *ex profeso* para propagarla y es ablecer una especie de coligacion de partido. Sus ten-

1 A la vista tenemos las Cartas originales de una persona conocida en Madrid por su adhesion á estas doctrinas dirigidas á un eclesiástico constituido en dignidad en una grande Iglesia, participándole y congratulándose con él por los años de 89 á 90, de que habian podido conseguir llegasen varios juegos de la *Teologia de Leon* á la casa de A.... y saboreándose de que viniesen los *Arnaldos* á docenas; pues que algunos tocarian á aquella tierra de bendicion.

tativas, á la verdad, no tuvieron el efecto deseado, ya por el celo de nuestros Católicos Monarcas en proteger las decisiones de la Iglesia, ya por la vigilancia del Santo Oficio en proscribir los escritos *jansenisticos* que agitaban toda la Francia: si bien es igualmente cierto que estos no dejaban de obrar en silencio, extendiendo sus perversas máximas entre varias personas que se preciaban con ellas de mas ilustradas y menos preocupadas que las demás.

La desastrosa guerra de la invasion del año de 1808 presentó á los novadores la ocasion mas oportuna de allanar el paso; pues privada la Nacion de su legitimo Soberano, y abolida la Inquisicion por los nuevos legisladores, se abrió un campo franco á toda clase de doctrinas falsas, y se derramaron impunemente las que estaban entre nosotros como represadas por los diques de la autoridad. Entre ellas levantaron la cabeza con el mas escandaloso descaro los errores del *Jansenismo*, que si bien en su origen se reducian á ciertas proposiciones falsas y heréticas acerca de la *Gracia*, del *Libre Albedrío*, y del *beneficio de la Redencion del género humano*, tomaron despues tal incremento, y se extendieron tan atrevidamente, que vinieron á formar como una avenida de herejias y errores lastimosos contra el dogma y la doctrina católica, contra el uso y administracion de los Sacramentos, contra las prácticas y ritos de la Iglesia, contra su jerarquía, su jurisdiccion, sus bienes, su autoridad é infalibilidad, y la de sus juicios y definiciones.

No es pues el *Jansenismo* un sistema de errores conexos, ó que dependan necesariamente los unos de los otros, y puedan reducirse á un determinado punto de doctrina: ni consiste tampoco solamente en las *cinco famosas proposiciones*, ni en las demás del libro de *Jansenio* en que estas se contienen. De este principio se arrojó en el progreso á combatir el cuerpo entero de la Iglesia. Son bien sabidos entre los doctos los innumerables ardidés, artificios y sutilezas de que la astucia y mañosidad de esta secta, la mas fecunda en recursos de cuantas afligieron á la Iglesia de Dios, se valió en todos tiempos y por espacio de casi dos siglos que cuenta ya de existencia, para propagar sus errores. Anatematizada

en el libro de *Jansenio*, se reproduce en el de *Quesnel*, ó sean sus *Reflexiones morales sobre el Nuevo Testamento*; pero aumentada considerablemente con otros nuevos, en que tal vez no habia pensado el primero. Córrese el velo á esta producción fraudulenta, capciosa y sofística; y la Iglesia ó sus primeros pastores unidos á su legítima cabeza, el Romano Pontífice, fulminan contra ella sus censuras. Y últimamente, después de una infinidad de disturbios y escándalos, causados por la tenacidad mas porfiada y la mas criminal desobediencia y rebelion á los juicios y decisiones de la autoridad, vuelve á renacer en *Pistoja* en el famoso *Sinodo Diocesano*, recargada de una multitud de sentencias y pretensiones exorbitantes, las cuales sobrepujaban la audacia de las precedentes, atentando y echando por tierra de un golpe todas las Bulas Pontificias que se habian expedido contra ellas, y erigiéndose los inferiores y simples sacerdotes en jueces de la Iglesia universal.

Tal es y fué siempre, y no puede ser otra la conducta del error cuando no reconoce sobre la tierra ningún juez competente para juzgarle. En vano las detestables doctrinas de unos y otros libros y autores son denunciadas y condenadas por la Silla Apostólica. En vano los Papas desde *Urbano VIII* hasta *Clemente XI*, y aun hasta el presente, promulgan decretos y bulas de condenacion las mas solemnes, excitados tambien por un gran número de Obispos de la cristiandad, principalmente de la Francia, donde mas se habia atrincherado la herejía. Nada detiene á esta en sus empresas. No hay efugio, ni subterfugio, ni industria, ni maquinacion que no discurren los secuaces del partido para enervar la fuerza de las providencias y condenaciones lanzadas contra ellos: inventan, fingen, adulan y buscan protecciones, y así sostienen la guerra un siglo entero, hasta tomar el partido escandaloso de *negar la infalibilidad de la Iglesia* fuera de los Concilios; de *apelar de la Constitucion Unigenitus al futuro Concilio general*; de *organizar estos* y darles ordenanzas á su modo; de *negar al Papa* el derecho de *convocacion* y presidencia; en fin, hasta el extremo ya indicado de *trastornar la Jerarquía eclesiástica*; de *poner la autoridad de la Iglesia en la comunidad de los fieles*; de

renovar el *Presbiterianismo*, y de precipitarlo todo en una especie de *Jacobinismo eclesiástico*, que se ve promovido con entusiasmo en varios escritos de la secta, y con especialidad en la obra incendiaria que titularon: *Testimonio de la verdad en la Iglesia*. En esto vinieron á parar las doctrinas jansenísticas y sus tiros contra la autoridad eclesiástica; y aquí, aquí están las primeras semillas del dogma político revolucionario de la *Soberanía del pueblo*; de la *superioridad* de los *Congresos nacionales sobre los Reyes*; de la *depresion de la autoridad legitima de estos*; y de esa multitud de principios absurdos y descabellados, que abortaron las *lucos del siglo*, y con que trastornaron el orden de la sociedad, precedidos de los que tan maliciosamente introdujo la secta en el orden eclesiástico, aunque bebiendo tambien en las cenagosas y envenenadas fuentes de *Lutero* y *Calvino*, además de otros muchos errores sobre diferentes puntos, que brotaban á cada paso en la multitud increíble de papeles y libellos, que abortaba esta faccion infatigable. En una palabra, los Jansenistas fueron los anarquistas de la Iglesia, como los filósofos jacobinos fueron los anarquistas del Estado.

En seguida de estas novedades, y en una situacion religiosa tan trabajada, fué cuando el cruel *Filosofismo*, no menos exaltado por su parte, lanzó en Francia el horroso grito de sedicion. Ya se deja ver que el partido jansenista, imbuido en las máximas, que sucintamente acabo de referir, estaria bien dispuesto para adoptar una especie de gobierno político, cual luego se vió, tan semejante al que él se habia forjado para la Iglesia. Por otra parte, el dogma jansenístico acerca de la *libertad* de la voluntad humana, que viene á ser un *Fatalismo* mitigado, expresado con el nombre menos duro de *necesidad*, ya pro venga de la fuerza irresistible de la gracia, ya del atractivo insuperable de la pasion ó concupiscencia, segun su sistema, era tan conforme á las máximas de muchos filósofos en este punto, y á las del *Materialismo*, que no podia menos de serles muy agradable; porque ciertamente de este principio de *Jansenio* al libertinaje y al abandono de sí mismo, no hay mas distancia que la de una consecuencia, que cualquiera puede fácilmente de-